

La Casa Rudofsky en Frigiliana (Málaga), testamento vital de un filósofo-arquitecto

Pedro R. Salinas Romón

Investigador vinculado a la Universidad de Málaga

La reciente inclusión (2008) de la Casa Rudofsky en el catálogo de edificios protegidos por la Junta -Registro Andaluz de Arquitectura Contemporánea- me motivó a redactar esta breve reseña de la vida y obra de un arquitecto para nosotros tan ignorado como singular¹. Este modesto trabajo fue expuesto en clase de "Introducción al Patrimonio" así como en la de "Arquitectura y Urbanismo de hoy", y suscitó un intenso debate entre los alumnos de Historia del Arte de la Universidad de Málaga.

"La Casa", como es denominada en Frigiliana se encuentra ahora cerrada y por tanto no pude obtener foto alguna del interior. No obstante el acceso a la parcela es libre en tanto que no se encuentra cercada y sí al pie de un camino ahora asfaltado dentro de una nueva urbanización en la que han proliferado chalets de todo tipo, aunque siempre bien integrados en el entorno y sin suponer daño estético alguno, por el contrario unos importantes beneficios -a través de las contribuciones- para una economía local ahora muy tocada por la crisis de la construcción.

Por lo que se refiere a Rudofsky, cabe señalar que fue un pensador, un moralista; creador no sólo de arquitecturas sino diseñador hasta de sandalias, como luego veremos. En Frigiliana no era conocido en absoluto por los vecinos, siguiendo la insana costumbre foránea de "no mezclarse con los lugareños", por peligrosos o simplemente carentes de interés.

Sin embargo a él sí le interesó el paisaje y la arquitectura popular de la Axarquía, desde mi punto de vista tan atractiva, funcional y más bella que la de Las Alpujarras. Mis fuentes son tan simples como distraídas conversaciones con vecinos de Frigiliana, navegaciones a la deriva por Internet y ciertos artículos de prensa, sobre todo el del arquitecto Fernández Galiano, publicado en El País, en 2005.

Bernard Rudofsky (1905-1988) fue un significativo teórico, diseñador y en ocasiones, un severo crítico de los "progresos" de la época contemporánea. Su influencia en el ámbito del diseño ha sido enorme, especialmente en lo que se denominó diseño socio-cultural comparativo. Comisario de provocadoras exposiciones (como las realizadas en el Museo de Arte Moderno de Nueva York durante las décadas de los años 40 y 60), fue director artístico de revistas como *Domus*, *Pencil Points* o *Interiors* y profesor en universidades tan importantes como Yale, MIT o Waseda. Gran parte de su legado se conserva en archivos personales y puede ser consulta-

* SALINAS ROMÓN, Pedro R.: "La Casa Rudofsky en Frigiliana (Málaga), testamento vital de un filósofo-arquitecto", en *Boletín de Arte*, nº 29, Departamento de Historia del Arte, Universidad de Málaga, 2008, págs. 549-552.

¹ Las imágenes publicadas están extraídas de la web: <http://1180.com/pro/casa-rudofsky>



1. Casa Rudofsky (exterior).
2. Casa Rudofsky (árbol).
3. Casa Rudofsky (interior).
4. Casa Rudofsky (porche).

do por los estudiosos en la Paul Getty Foundation de Los Ángeles.

Fernández Galiano cita a Fernando Savater al asegurar que la felicidad reside en reunir unos gustos sencillos con una mente complicada, y es posible que esa conjunción de austeridad y refinamiento no ande muy lejos de la propuesta de Rudofsky, propagandista tenaz de la necesidad de conciliar disciplina y hedonismo, dos polos de referencia que imaginó ejemplarmente materializados en la arquitectura japonesa y en la mediterránea. Esos universos formales y sensoriales inspiran el conjunto de una obra que se extiende desde el diseño de moda hasta la crítica de la vida cotidiana, y que se recuerda con una exposición en Montreal, mostrada antes en Viena como fruto tardío del centenario de Rudofsky en 2005.

Fernández Galiano señala que lo mismo que su contemporáneo Bruno Taut, admirador devoto de la elegancia exacta de la casa japonesa, Rudofsky halló en la construcción vernácula y en los rituales domésticos de Japón manifestaciones rigu-

rosas de la ética del despojamiento y la estética de la sensualidad que juzgaba inherentes a la sabiduría vital, y no muy diferente fue su percepción de las arquitecturas autóctonas y de la indumentaria tradicional del mundo mediterráneo, de la casa-patio a las túnicas o las sandalias, expresiones todas de una relajada *joie de vivre*, tan escueta en sus medios como inagotable en sus encantos.

En 1938 escribió su primer artículo, bajo el lema "Lo que hace falta no es una nueva forma de construir, sino una nueva forma de vivir", y medio siglo después volvió a utilizar esa frase programática como subtítulo de su última exposición, *Sparta / Sybaris*, que se inauguró en su ciudad de origen un año antes de su desaparición en 1988, y donde el baño colectivo, el retrete de meditación o los futones nocturnos japoneses se fundían con las referencias míticas del Mediterráneo. Fue precisamente cerca de este mar donde entre 1969 y 1971 levantó su última obra, una casa entre olivos en la malagueña Frigiliana, no lejos de Nerja, que habitaría con su mujer, Berta, durante los veranos de las dos décadas finales de su vida. Fernández Galiano indica que está construida con sobria naturalidad sobre una cresta a tres kilómetros de la costa, y desplegada en el terreno con pérgolas y porches. La que llamó *La Casa* carecía de teléfono, radio o televisión, pero albergaba obras de una pléyade de amigos artistas y arquitectos, desde Calder o Christo hasta los Eames o Le Corbusier. "La hice pensando en el verano", escribía Rudofsky al escultor Isamu Noguchi, y es en efecto en el tiempo detenido del estío cuando la casa expresa mejor su condición de manifiesto por una vida lenta y placentera, huérfana de los triclinios o los tatamis de sus exposiciones más exóticamente provocativas, pero no menos seductora en su defensa distraída de una existencia epicúrea, tan exigente en la búsqueda de una simplicidad esencial como amable en el disfrute de los placeres de la piel.

La generación de Rudofsky quedó marcada por la experiencia devastadora de los totalitarismos, y por las reacciones ensimismadas de refugio en el ámbito privado. Exactamente su misma edad tenían arquitectos como el nazi Albert Speer o el comunista Juan O'Gorman, autores ambos de una obra militante, pero también otros como el exquisito Carlo Mollino, que dedicó su talento a los clubes de equitación, las estaciones de esquí y los clubes nocturnos, además del erotismo fetichista en el diseño de muebles y la fotografía de *voyeur*.

Rudofsky supo hallar un camino intermedio -añade Fernández Galiano-, alejado a la vez de los mesianismos regimentados de las utopías políticas y del enclaustramiento en recintos de intimidad o entretenimiento. Su austeridad sensual, que se extendió al diseño de las famosas Bernardo Sandals, combinaba la desnudez escueta de lo vernáculo y lo moderno con una exaltación del confort natural y el hedonismo espontáneo, lindante con la perversión en las cadenas ocultas que unen rodillas y tobillos dificultando la marcha e incrementando la percepción del cuerpo, una propuesta de juguete sexual que, como subraya su biógrafo Andrea Bocco, antecede la moda sadomasoquista del *piercing* y las muy similares creaciones contemporáneas de John Galliano.

Para muchos, Rudofsky es únicamente el autor de *Arquitectura sin arquitectos*, la exposición de fotografías de construcciones autóctonas que tras su inauguración en

el Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1964 viajó a más de 80 ciudades en los 11 años siguientes, vendiendo más de 100.000 ejemplares de su extraordinario catálogo. Sin embargo, el defensor de la lógica y la belleza de la arquitectura espontánea -que documentó a través de sus innumerables viajes y largos periodos de residencia en diferentes países- fue también constructor de casas admirablemente habitables, diseñador de indumentaria *ad lib* y reformador de los usos domésticos, amén de muy dotado fotógrafo y dibujante.

Y termina Luis Fernández Galiano su interesante artículo indicando que, ante todo, Bernard Rudofsky fue un filósofo moral, proponente persuasivo de un sibaritismo espartano que puede todavía inspirarnos. En un mundo de recursos menguantes y calor creciente, disfrutar de lo sencillo puede llegar a ser más una necesidad que una elección.

Como arquitecto, algunas de sus más destacadas creaciones se encuentran en Italia, Brasil y Estados Unidos y España. Su encuentro con nuestro país se produjo a partir de la década de los sesenta, momento en el que comenzó a visitar asiduamente nuestra geografía y a interesarse por las muestras de nuestra arquitectura popular. Gracias a sus conexiones con José Guerrero en 1970-1971 construyó la que sería su residencia/taller de verano en unas colinas situadas en el término de Frigiliana.

La Casa, que así era como el propio arquitecto denominó a la edificación, se levanta sobre un terreno muy escarpado con una variada vegetación autóctona, convirtiéndose en el eje a partir del cual Rudofsky desarrollaría toda su filosofía constructiva. Como señaló un crítico de la época: “el propietario no sólo despreció la vieja costumbre de talar los árboles y nivelar el terreno sino que cuidó de mantener el carácter rural del paisaje (...) y rechazó todos los rasgos suburbanos tan apreciados por los extranjeros: falsos céspedes, macizos de flores y setos herbáceos; arcos, cancelas, vallas y muros”.

La Casa, testamento ideológico y vital de Rudofsky, ha sido definida como sensual y espartana a la vez. Está compuesta por una serie de volúmenes autónomos entrelazados por una serie de patios interiores y exteriores, pérgolas y terrazas que, adaptados a los diferentes niveles del terreno, respetan la presencia de pinos, olivos y algarrobos.

Impulsor de proyectos, libros y exposiciones, Rudofsky llegó a construir poco. Es precisamente la singularidad y escasez de su quehacer arquitectónico, lo que pone de manifiesto la importancia de la protección de La Casa en Frigiliana por su gran valor.

Valor simbólico y pedagógico en tanto que en el pueblo se creó una conciencia de protección de la arquitectura local que caló entre los intelectuales e incluso los políticos locales, entre los que no puede olvidarse a Antonio Navas, alcalde que fuera ejemplar en la defensa del Patrimonio. Así, Frigiliana, hasta el momento actual, ha sabido y ha podido mantener esa identidad arquitectónica local y autóctona, frente a la llamada Arquitectura Internacional, que tanto daño ha causado en otros lugares de la Costa del Sol.

En este caso, la Junta de Andalucía, con su medida de protección de la Casa Rudofsky, no ha llegado tarde. Con su decisión ha venido a consolidar una línea de actuación seria y honesta que han sabido mantener los vecinos de Frigiliana a lo largo de las últimas décadas, a pesar de las presiones de todo tipo.

Don “Bernaldo” estaría muy satisfecho.